

De Emilio Cuervo Márquez.

PHINEES

— I —

(Primeros capítulos de la novela del mismo nombre).

El sol bañaba en luz las blancas azoteas de Jerusalén, cuando Phineés despertó en su villa de Xistos. Una sombra de mujer, pisando sin ruido la gruesa alfombra tendida sobre las losas exagonales blancas y negras que pavimentaban la estancia, se acercó y colocó al lado del lecho una fuente con naranjas y racimos de uva. Luego recorrió la colgadura que cubría una de las ventanas, que caía sobre el jardín. El sol, como lluvia de oro, invadió el dormitorio trayendo consigo perfumes de naranjos en flor, y acarició los detalles primorosos de ornamentación y mobiliario de aquella rica estancia que, mejor que la alcoba de un noble judío, se hubiera dicho el santuario de una cortesana de Roma. Sobre el lecho se veía una copia de Tuno y las Ninfas, de Zeuxis, cuadro para el cual los agrigentinos mostraron sus hijas desnudas a las miradas del pintor. El mobiliario, incrustado en marfil y tapizado en viejas telas de seda, se recostaba contra los muros, decorados al estilo griego con frescos que hubieran escandalizado a un fariseo. Una lámpara de alabastro colgaba del cielo raso, formado de tableros de maderas labradas. Sobre el tapiz, a un lado del lecho, una piel de tigre semejaba una mancha de sol, en tanto que en vasares y aparadores se veían voluptuosas estatuillas en bronce, ánforas de tierra cocida en que Baco aparecía coronado de racimos, búcaros de Nola en vidrio coloreado, relieves en marfil procedentes de Atenas, ibis tallados en feldeespato verde y que en un tiempo fueron adorados en los templos egipcios; objetos todos ellos adquiridos por Phineés durante sus viajes en Italia, Egipto y Grecia, y conservados ahora cariñosamente como lazos que lo unieran al pasado distante.

La luz, al invadir el aposento, iluminó también a la mujer que acababa de descorrer las colgaduras. Era una joven de cabellos negros recogidos en la nuca, de pendientes de oro en las orejas, vestida con ligera túnica que le ceñía el apretado seno y que resbalando por la línea de las caderas le caía hasta el tobillo, dejando ver los pies finos y pequeños calzados con sandalias de fibras trenzadas de papiro, que se anudaban con cintas de colores. Era morena; su boca como de niña y carnosa; y sus

ojos oscuros aparecían casi negros sombreados por largas pestañas de seda. Su delicado perfil, armonioso como el de Isis, denunciaba su origen egipcio.

Phineés se incorporó en el lecho, y desgranando el racimo de uvas,

—Orpha, dijo. ¿Sabes si Sura, el perfumista, me ha enviado la esencia de iris?

—Yo misma la recibí, señor.

—Ordéna que se me prepare el baño.

La esclava se dirigió hacia la puerta, pero Phineés la llamó de nuevo.

—Olvidaba decirte que Saulo llegó ayer de Cesarea. Almorzará hoy conmigo. Prepára la mesa en la galería.

—¿Samuel vendrá también?

—Hoy es día de ayuno, dijo Phineés sonriendo. Pero si viniere, apostaría mi mármol de Scopas a que se tomará una copa de vino. Y a propósito: ¿sabes que el rabí pretende que debes casarte?

—¿Yo?... exclamó la esclava sorprendida.

—¿Te asustas?... Mejor fuera reír. El rabí espera que se aumente el número de los soldados de Israel. También busca para mí la Raquel de que nacerá el libertador hebreo.

La joven había quedado pensativa.

—Y dime, Orpha, continuó Phineés. ¿Es verdad que no has pensado en matrimonio? La vida sin amor es como el nido sin el calor de la pollada.

—Yo soy vuestra esclava, señor...

—No, dijo Phineés amigablemente. Tú, bien lo sabes, eres casi mi hermana. Eres la alegría de la villa. El día en que te enamores, se hará según tu gusto.

Los ojos de la esclava se entristecieron, e inclinando la cabeza, salió.

Phineés no se vistió todavía. Recostado en el lecho, la mirada perdida en el rayo oblicuo de sol en que danzaban átomos de oro, evocaba al mismo tiempo las elegantes rimas de Cátulo, el poeta a la moda, cuyos versos llegados en la víspera de Roma, yacían al alcance de su mano, y los detalles de su apasionada entrevista de la noche anterior con la hermosa extranjera a quien amaba, y los que contaría dentro de corto tiempo a su amigo Saulo, el calavera a quien Lucrecio había enseñado a reír de los dioses y de los hombres.

Luego, el desnudo cuerpo envuelto en un abrigo de blanco algodón, los pies dentro de zapatillas de paja de Italia, se dirigió al baño. Lo esperaba aquel día la piscina, situada al aire libre, circundada de naranjos cuyas blancas flores, al caer, flotaban sobre la sábana de agua transparente. El agüa, venida desde larga distancia por un conducto subterráneo,

siempre fresca, aun durante los calores del estío, se derramaba en la piscina desde una concha que sobre la cabeza levantaba una ninfa de mármol.

Era el mes de las flores y de los cielos radiosos. El inmortal y el heliotropo embalsamaban los jardines de Judea. Por todas partes los rosales, escalando las bardas de los huertos, descolgaban sus racimos de flores, ora rojas como el cinabrio o pálidas como los botones del seno de las vírgenes. Los olivares cubrían de verde y plateado follaje las vertientes de las montañas, desde Hebrón hasta las fuentes del Jordán, y las palmas recortaban sus agudas hojas metálicas contra el cielo azul, libre de nubes y saturado de éter.

Phineés, despojado de su abrigo, se inclinó sobre el agua, que en su espejo copió sus formas elegantes y viriles, como las de las estatuas que el conquistador transportara desde los propileos a Roma. Aquel judío, enamorado de la belleza como un escultor griego, gozaba en contemplar la imagen de su triunfal juventud en el agua inmóvil que, mejor que el espejo de bronce, reproducía las curvas ondulantes de su cuerpo, su cabeza varonil, la barba sedosa como la de los ismaelitas nobles, partida en dos y de color más claro que el del cabello, sus carnes apretadas y morenas, sanas como las de un niño y suaves como las de una mujer hermosa, bajo las cuales se veía correr la sangre por la red de las venas azules.

Terminado el baño, Phineés pasó a un pequeño aposento pavimentado en mármol, el tepidarium de los romanos, en donde un joven bitinio friccionó sus carnes con un guante de piel de camello y perfumólas luego, así como sus cabellos recortados a la moda romana, con aguas y aceites olorosos.

De esta manera refrescadas sus carnes, sintiendo entre el calor de aquella mañana de primavera que la sangre, a flor de piel, corría más libremente en sus arterias, vistió una túnica color de jacinto, con franjas de hilo de oro, ciñó el cinturón, sabiamente bordado por Orpha, se hizo calzar las sandalias que con cordones de seda se anudaron a los tobillos, peinó cuidadosamente los cabellos y barba contemplándose en el espejo metálico, enmarcado en turquesas, que en un tiempo perteneció a celebrada bailarina chipriota, y luego, tomando de nuevo los versos del poeta de Verona, se tendió en un lecho de cojines, en la galería, en espera de su amigo Saulo. Al alcance de la mano hizo colocar un azafate con racimos de uva. Era su fruta predilecta: las blancas se le imaginaban pequeñas bolas de luz, las moradas dijes de cornalina, las negras ojos de mujeres hermosas que entre su boca desleían el almíbar de una mirada lánguida.

Era la galería el sitio preferido por Phineés durante los meses calurosos. Consistía en amplio corredor, pavimentado, como el dormitorio, con losas multicolores artísticamente distribuidas, sobre las que se veían tendidos pieles y tapetes. Dábale luz continuada arquería en piedra labrada, con vista sobre el frondoso jardín, y en cuyas columnatas se recogían cortinajes a listas blancas y rojas que evitaban, en la tarde, los rayos oblicuos del sol. Al frente de la arquería se abrían las puertas de los aposentos. En los muros, pendientes de cornamentas de toro y de ciervo, lucían diferentes panoplias, guerreras y artísticas. Aquí se veían las es-

padas cortas, las redes y los tridentes de los gladiadores, junto a masas de combate, a escudos de piel de oso galos, a pesados lanzones que habían quizás vertido sangre de bárbaros o de patricios en Alesia o en Munda. En aquellas otras se miraban, al lado de largos abanicos etíopes de plumas de avestruz, variados instrumentos musicales; el nable o salterión de doce cuerdas que resonaba armoniosamente en el Templo, el nepher egipcio, las cítaras de figura triangular que se tocaban con el plectrum, las liras queridas de las hijas de Sión, trompetas de plata, flautas sirinx, compuestas de dos caramillos de los cuales uno modulaba las notas agudas y las graves el otro, cistros, cimbales y campestres panderos. Del techo pendían lámparas de bronce, y sobre el pavimento se veían diseminados mullidos cojines que convidaban al descanso.

La mesa había sido dispuesta. Sobre el blanco mantel, al lado del ánfora con el vino, lucían las copas cinceladas y el búcaro cargado de rosas. Entre la vajilla se habían dispuesto pequeñas fuentes con higos secos, aceitunas, dátiles y almendras. Un joven esclavo, al lado de los triclinios, vestido con una túnica que le caía hasta las rodillas, de largos cabellos que le cubrían los hombros, sostenía la palanca que serviría para las abluciones.

Las colgaduras que cubrían la puerta de entrada se levantaron, y entre sus pliegues apareció un joven de ojos vivos y oscuros, de labios sensuales, de negra barba recortada en punta, la cabeza cubierta con un manto de blancura inmaculada, que, sujeto a la frente por un cordón de seda amarillo, caía sobre la túnica violeta en fáciles pliegues. Pendiente de una cadenilla llevaba sobre el pecho un sello de oro. En el anular de su mano izquierda brillaba una sortija de esmeralda.

—¡Bien venido seas! exclamó Phineés yendo, los brazos abiertos, al encuentro de su amigo. Veo que no has perdido en Cesarea la costumbre de hacerte esperar!

—¿Lo crees así?... dijo Saulo despojándose de su manto y mostrando, al sonreír, la blanca dentadura. Luego estrechando a su amigo, ¿Sabes? Es el tiempo lo que se pierde en Cesarea. Noventa días para entrar en posesión de mis olivares de Capharnaum! Líbreme el Señor de encontrarme segunda vez con escribas!... Pero, en fin, todo se ha arreglado, y aquí me tienes. A propósito: el Tetrarca se informó de ti. Salomé tampoco te ha olvidado...

—¿Qué es de ella? preguntó Phineés con indiferencia.

—Lo que tú conociste: una mozuela consentida que hace las delicias de la corte de Galilea con sus danzas extravagantes. Antipas la adora. Vendrán a Jerusalén para las próximas fiestas en honor del César. Pero dime: ¿y tú?...

—Muchas cosas tengo que contarte. Vén. El almuerzo nos espera.

Después de levantado el primer servicio, Saulo interrogó a su amigo, en voz baja.

—Y cuéntame: ¿la has visto?...

—Anoche justamente, en sus jardines.

—Es decir, ¡que Phineés ha sido capaz de amar durante tres meses! ¡Cosa increíble! Te confieso que pensaba que el recuerdo de la hija del Procurador se habría borrado de tu memoria, como se borró el de Aglae...

—No confundas: son cosas distintas. Aglae fue embriaguez de los sentidos, bajo el cielo de Grecia, entre la decoración del mar azul, en una isla encantada del Archipiélago. Fue amor gentilico, como lo sería el de un centauro por una ninfa. Hoy me consume un amor invencible y profundo como el de Jacob por Raquel. Esta joven romana, esta extranjera, a quien hace seis meses no conocía, ocupa hoy toda mi vida: ella se ha armado de una fascinación a la cual no puedo resistir. Hacia ella me arrastra el instinto profundo que gira en torno de las más soberbias apariciones de la vida...

—Te escucho y te envidio. Continúa.

—Anoche, por primera vez, penetré furtivamente en los jardines de su palacio. No podría explicarte lo que sentí al encontrarme en el parque solitario, dentro de sus dominios, ahora, cuando todo dormía. En el ambiente creí respirar efluvios de su alcoba perfumada. Los bosquecillos de almendros se me aparecieron como complacientes encubridores de mi pasión. Las fuentes murmuraban dulcemente como si se aprestasen a disimular el rumor de nuestras palabras o quizás de nuestros besos. Esa mujer envidiada y poderosa, a quien ayer no más consideraba como un imposible, me abrió hoy secretamente una puerta para llegar hasta ella a beber su aliento y a mirarme en el fondo de sus ojos. De pronto una sombra de mujer cruzó la oscura alameda y llegó a mi lado: ¡era Cornelia! ¿Qué siguió después?... No sabría decírtelo. No se recuerdan los detalles de un sueño feliz. ¡Solo sé que la amo!

—¿Y ella?...

—Ella... Al abrirme la portezuela de la muralla recibió un beso, y, "hasta mañana, amor mío" dijo.

Phineés y Saulo apuraron sus copas. El esclavo escanció de nuevo el vino.

—¿Y Silvano, se resigna a ser vencido?

—No lo sé. Pero pienso, a juzgar por las terribles miradas con que me regala cuando nuestras literas se cruzan en la calle o nos encontramos en casa de Sura, que medita su venganza. El me odia, lo que demuestra que es imbécil. Odiar es sufrir, y yo quiero dejar el sufrimiento para mis enemigos. Desprecio sus iras, así como sus planes de venganza.

—Pero, ¿has pensado en casarte con Cornelia?

Phineés no respondió, y quedó pensativo, la cabeza apoyada en la palma de la mano.

—¿Por qué no?... continuó Saulo. La amas y eres correspondido. Eres joven, noble y rico como un patricio romano. El César mismo, que ama la paz universal para que no se le incomode en su retiro de Caprea, vería en este matrimonio algo como una alianza entre las dos razas y los dos pueblos...

Las palabras de Saulo hicieron honda impresión en su amigo. Quizás por primera vez el joven judío comprendía que era feliz, y por vez primera en su vida cruzó su espíritu, como estrella errante la noche, vago terror a la desgracia. Un suspiro ensanchó su pecho.

—No sé, quizás... dijo Phineés. Y luego, tras largo intervalo de silencio durante el cual se oyó el rumor de la fuente en el jardín. —Pensaba, continuó, en que nuestra raza es bien infortunada. Los hijos de Israel solo tienen hoy una carrera que seguir y un derecho que ejercer: ¡amar lo bello!

—Cierto es. Casi ni aun el derecho de practicar su religión se le reconoce al pueblo. Para conservar una sombra de libertad, ya ves cuánta sangre se ha derramado! ¿Qué carrera que seguir podrían hoy indicarnos nuestros padres?... ¿Las armas?... pasaron para no volver los tiempos de los Macabeos. ¿Las leyes?... Pompeyo lo dijo: "No aleguéis leyes a quien ciñe una espada". ¿Las artes?... el legislador las prohíbe. Quedan el Sanhedrín y la Sinagoga, antros que aborrezco, en donde se confunde la Massora con la Cábala, y la tortuosa interpretación de la Ley con la administración de justicia. Nuestras sectas, por otra parte, se han encargado de terminar con toda noción de patriotismo, sin que la sangre vertida ni la conquista extranjera haya logrado revivirlo. Cierto es: abandonados del dios de Abraham y de todos los dioses del Olimpo, no confiando en vida futura, debemos exprimir el racimo de la presente y beber su jugo, gota a gota, como hacemos con este delicioso vino de Chipre.

Y llevó la copa a los labios. En seguida de haberlo saboreado dirigió una mirada hacia el jardín y a las curiosidades de la galería, y dijo:

—¿Sabes que sobre tu puerta podría grabarse el dístico que Séneca cuenta aparecía en los jardines de Epicuro? "Pasajero, entra y repósate. La voluptuosidad dicta aquí sus leyes".

—Es lo cierto que al regresar a mi patria experimenté, tú lo sabes, indecible hastío. Fue mi propósito arreglar mis negocios y emigrar para siempre. Pero conocí el amor. ¡He aquí la verdadera voluptuosidad!

—Sin dudarlo, pienso de los placeres lo que Máximo de Tiro de los dioses: Hesíodo creía que el número de las divinidades podría calcularse en treinta mil, pero Máximo encuentra que mejor es reconocer que su número es infinito...

En este momento apareció entre las colgaduras de la puerta un viejo flaco y de color de pergamino, barba blanca, ojillos grises y labios sonrientes.

—¡Que el dios de Abraham, de Isaac y de Jacob sea con vosotros!

Y los brazos extendidos, avanzó al encuentro de los jóvenes.

— II —

Quien así interrumpía la conversación de Phineés y de Saulo era Samuel, el rabí, persona estimada en Jerusalén debido a su bondad, a su probado patriotismo y a pertenecer a la antigua familia de Simón, el Ma-

cabeo, príncipe y pontífice de los judíos. Sus dos amigos eran saduceos, escuela que se separaba por el dogma de los judíos ortodoxos, o fariseos, y la cual recogía sus adeptos entre las clases ricas e influyentes. El rabí, por derecho de herencia, pertenecía a la secta de los hassidim, o piadosos. Para los saduceos, el dios de Israel era indiferente al bien y al mal. Nada existía más allá de la vida, ni el mundo de inteligencia y de luz, ni los ángeles espirituales copiados de las mitologías de Persia y de Asiria. De entre ellos eran los unos epicúreos, estoicos los otros: todos buscaban la ciencia de la vida en la voluptuosidad de "sentir" con Epicuro, o de "querer" con Zenón. Los hassidim, abiertos a las esperanzas de dios, fieles a la ley religiosa y a las tradiciones de sus antepasados, eran "los verdaderos israelitas sin falsía", de que más tarde habló el evangelista. Esta secta, nacida desde los tiempos en que el helenismo, después de la conquista de Alejandro invadió la Judea, había resistido a la civilización de griegos y de asirios, y resistía ahora a la influencia de la dominación romana. En sus filas se reclutaban las hordas turbulentas que más de una vez, espada en mano, impusieron respeto a conquistadores y tiranos. Ellos encarnaban la conciencia nacional en estos momentos de la decadencia judía: eran la masa de pueblo que había combatido con Judas Maccabeo, y que medio siglo más tarde resistiría, hasta morir, al ejército invasor de Tito. Tal divergencia de opiniones no alcanzaba a atenuar el cariño que el viejo rabí profesaba a Phineés. Vinculado a su familia por antigua amistad, Samuel había sido, como a su turno lo fue su padre, algo como el satélite de dos generaciones de Phabis.

Testigo el rabí de las terribles pruebas a que había sido sometido el pueblo hebreo en los últimos cincuenta años: el flagelo de los reinados de Herodes Ascalonita y de Arquelao, y la conquista romana, su fe era inquebrantable en que el dios que lo había redimido del cautiverio de Egipto y más tarde del de Babilonia, lo libertaría también del yugo romano. Su odio cobijaba lo mismo a Nabucodonosor que a Tiberio; y a diario pedía que Jehová lloviese sobre Roma las calamidades que en otro tiempo cayeron sobre Egipto hasta la libertad del pueblo escogido. "Llorad, hijos de Judá! —exclamaba en su indignación—. La sangre de nuestros padres hizo subir un codo la corriente del Jordán! ¡Hijas del Sión! Colgad vuestras liras mientras dure el cautiverio!"

El rabí poseía el alma apasionada y el visionario temperamento de su raza. Su imaginación, de continuo excitada por Isaías y Ezequiel, se complacía en los cantos de estos poetas de las divinas venganzas.

—¿Te tomas una copa de vino? le dijo Phineés.

—Hoy es día de ayuno y por obedecer a Sara, me abstengo.

Phineés, no obstante, le sirvió una copa.

—Te digo que no tomo...

—No importa. Déjala. Pero apostaré mi ninfa de Scopas a que no saldrás sin haberla apurado.

—¿Piensas acaso que soy como los fariseos, que solo hacen penitencia en las plazas públicas? No poseo mármoles, pero sí apostaré, contra tu bella estatua, una docena de higos de mi huerto, a que te equivocas.

—Ya lo oyes, Saulo, dijo Phineés sonriendo.

A raíz de breve silencio, el rabí interrogó a Saulo.

—¿Qué dejas por Cesarea? ¿Todavía la tierra no ha devorado al Tetrarca Antipas?...

—No, que yo sepa. Nunca el hijo del viejo Herodes fue más poderoso.

—No me extrañaré de que ese poderoso rey, siguiendo las huellas de Arquelao, su hermano, vaya a morir en el destierro; cosas más extraordinarias he visto durante mi agitada vida. El cumplimiento de las profecías se aproxima! ¡Entonces aplastaremos a los romanos como a enjambres de víboras!

—Las prefiero al chacal asirio, dijo Saulo. Esas víboras pueden convertirse en águilas. Ellas han conquistado el mundo por las armas y por la inteligencia.

—Por la traición querrás decir. Recuerda la historia de Yugurta, la de Ptolomeo, rey de Chipre, cuyas riquezas fueron confiscadas por el Senado...

—¡Por favor, no hables de traición! le interrumpió Phineés. Un descendiente de Débora y de Jahel no puede pronunciar esa palabra sin ver surgir ante sus ojos el espectro de Císara. David apoderándose de la hermosa Betsabé...

—¡Basta! exclamó el rabí irguiéndose amenazante. ¿Acaso te has convertido a la secta de los herodianos?... No sé cómo hasta ahora he podido oírte blasfemar en calma. ¡La cólera me ahoga!...

Y apuró el contenido de su copa.

—¡Per actum est! dijo Saulo haciendo con la mano el signo con que los romanos condenaban al gladiador vencido.

—Soy incauto como un niño, murmuró el rabí. Y sonriendo añadió: Sara se encargará de enviarte una docena de higos, los más hermosos de Jerusalén. Es el tiempo de la cosecha: de sus siconos cuelgan ya gotas de néctar dulcísimo...

Entretanto se habían levantado de la mesa e ido a sentarse en un banco de piedra, en el jardín. El rabí continuó:

—Vosotros sois jóvenes. Judea goza hoy de relativa calma: Valerio Grato, el Procurador, no es hombre sanguinario. No habeis visto, como yo, poblados nuestros montes de bosques de cruces en donde gemían, hasta morir, millares de desdichados condenados al suplicio. ¡Era su crimen el de alentar en sus pechos un resto del patriotismo del Macabeo! ¡Podría vivir mil años y entonces como hoy conservar vivo el recuerdo de aquellos días nefandos, en que el conquistador diezmó nuestra raza, casi hasta su desaparición completa!

El rabí añadió melancólicamente:

—Herodes Ascolanita, el Idumeo, acaba de morir en su palacio de Jericó. El monstruo, asesino de su hermano Pheroras, de su mujer, la

virtuosa Mariana, y de sus hijos Aristóbulo y Alejandro, conociendo que su muerte sería causa de regocijo en Palestina, ordenó encerrar en los hipódromos de Jerusalén y de Sebaste a centenares de nobles judíos y degollarlos sin piedad cuando exhalase su último aliento; esto para que su muerte fuese triste aniversario para el pueblo. Por su testamento instituyó herederos del trono a su hijo Arquelao, quien inició su reinado con el sacrificio de tres mil ciudadanos, víctimas de su amor a la patria. El lobezno, educado en las ideas de respeto absoluto por la voluntad del César, y no atreviéndose a reinar sin voluntad de Augusto, se encaminó a Roma e hizo presente su fidelidad a las instituciones del imperio. Al mismo tiempo una diputación procedente de Palestina, apoyada por más de ocho mil judíos residentes en Roma, solicitó de Augusto que Arquelao fuese alejado y que Judea, convertida en provincia, al igual de Iberia y de la Galia, fuese anexada al gobierno de Siria. El César rechazó esta súplica; pero reglando la administración de Palestina y suprimiendo la monarquía absoluta, dividió esta provincia en tres tetrarquías, cuyo gobierno confió a los tres últimos hijos de Herodes. Por este reparto, Arquelao obtuvo la Judea, Idumea, Samaria, Sebaste, Ippón y Jerusalén. Herodes Antipas obtuvo a Galilea, y Felipe, la Trocónite, Armánite y el país de Betania. Los crímenes de Arquelao no tardaron en motivar elocuentes quejas ante Augusto. El César, después de oír al acusado, lo desterró a Viena, en la Galia, en donde ahora sufre el castigo de sus crímenes, y redujo nuestra Judea a provincia romana. Así se selló la conquista.

—¡Oh, tiempos terribles! Abandonado del dios que lo había protegido en Gessén, ¡nuestro pueblo yacía como el aprisco a merced de los lobos! En tanto que Arquelao permanecía en Roma, Varos, gobernador de Siria, había logrado calmar la exaltación producida por los atentados del tirano. Pero la avaricia del intendente Sabinus, que látigo en mano buscaba, a la luz del incendio, los tesoros de Herodes, hizo desbordar nuestra cólera. En cierta noche... ¡oh, la noche de lúgubre recuerdo! la soldadesca invadió la casa de mi familia. Uno de los sicarios se atrevió a poner su mano sobre mi anciana madre; el Señor me perdone la sangre que derramé entonces!... En mi furor reuní a mis servidores, y dirigiéndome a mis amigos, que también clamaban por venganza, formamos un ejército, poco numeroso pero resuelto, y que solo esperaba una orden para exterminar al enemigo. Nuestras filas se engrosaron con los de Galilea, de Idumea, de Jericó, y aun con gentes de la otra ribera del Jordán, venidas a Jerusalén para celebrar el Pentecostés. La señal fue dada. Habiendo dividido nuestra tropa en tres cuerpos, atacamos a los romanos, que desprevenidos para la defensa se hallaban congregados en el Hipódromo. El enemigo, al verse rodeado, intentó una salida, pero fue rechazado después de lucha desesperada cuerpo a cuerpo. Pretendimos entonces forzar la entrada y hacer una carnicería general, pero las puertas de hierro resistieron a nuestro empuje. Entonces escalamos los pórticos de la última muralla del Templo, y llovimos desde la altura, sobre los romanos, grandes cantos de piedra y los envolvimos en nubes de dardos y de flechas. El enemigo apeló entonces al incendio como medio de defensa y prendió fuego a los pórticos de madera sobre los que se hallaban nuestras tropas. El humo y las llamas nos envolvieron en breve. Los muros se desplomaban entre el clamor de los combatientes y el mugir del incendio. El pánico se

apoderó de los nuestros. La noche venía. Mis esfuerzos para arrastrarlos de nuevo al combate fueron estériles. Sabiendo que mi cabeza sería la primera a la que se pondría precio, huí al través de los montes, como bestia perseguida, con dirección a Joppe, en donde me embarqué en una galera que seguía con rumbo a Rodas. Aquí, para no morir de hambre, entré al servicio de un gramático. Con este buen hombre permanecí hasta que tu padre, Phineés, me llamó a Roma, en donde él residía entonces. Entretanto, Sabinus pilló el Templo y la agitación invadió la Judea. Los reales palacios de Jericó y de Amatha fueron incendiados. Tres jefes de tropas se proclamaron reyes en ausencia de Arquelao; un pastor llamado Atronge, un antiguo ministro de Herodes nombrado Simón, y un jefe de bandidos, Judas, hijo de Ezequías. Carus, advertido de lo que ocurría en Judea, vino con fuerzas considerables y los nuestros se dispersaron. Se buscó entonces a los instigadores de la rebelión. Dos mil judíos fueron crucificados!... ¿Qué piensas de esto, Phineés?

—Secreta fatalidad nos arrastra al abismo. Nuestro imperio, como lo dice el Profeta, será dispersado a los cuatro vientos del cielo!...

—¿Y tú, Saulo?

—Me había preparado con una oda de Anacreonte para venir a este suculento almuerzo. Oyéndote, pienso que mejor hubiera sido ceñir un cilicio y leer un canto de Ezequiel. Pero, dime, Phineés, ¿no veremos hoy a Orpha?

—Sí, dijo el rabí. Haz que la hermosa niña cante acompañándose en la lira. Bueno será verter una gota de miel en el cáliz que apuramos.

Orpha apareció empuñando una lira de ébano. En sus tobillos y muñecas lucían ajorcas de oro. Una flor de almendro, de pétalos tan suaves como las carnes de la esclava, se ocultaba entre los rizos de su negra cabellera. Sus afilados dedos se posaron sobre las cuerdas, que gimieron dulcemente. Su voz se elevó, como flecha de cristal, en una melodía sagrada. Era el último canto del gladiador moribundo:

*...¿Y qué me resta ya?... ¡Morir! La tarda
Libertadora en el portal me aguarda.
Su helado beso es ósculo de amor.
Ella me brinda el redentor nepente
Del olvido en sus labios. ¡Oh, clemente,
Segadora inmortal, a tí loor!...*

La música se extinguió con la suavidad con que se extingue un perfume. Las cuerdas vibraron todavía, luego callaron, quedando por largo tiempo el aire impregnado de las últimas notas.

Phineés veía con indolencia llover el sol al través del ramaje de los árboles. Saulo admiraba las líneas impecables del cuerpo de la esclava. El rabí creía oír el canto de despedida de la hija de Jephté, entre las breñas de Judea.

—Tu canto es bello, dijo Samuel. También nuestro pueblo espera la venida de otra tarda libertadora, implacable como la Muerte!...

Saulo se retiró. Instalados en el Santuario de la Ninfa —estancia así denominada por Phineés por ser el lugar en donde entre nuevos objetos de arse se destacaba, como en un adoratorio, la estatua del Deseo, por Scopas, maravillosa obra adquirida en Roma por su dueño a precio fabuloso— el rabí colocó una mano sobre el hombro de su amigo, y le dijo gravemente:

—Te haré una pregunta. ¿Juras responderme con sinceridad?

—¿De qué se trata? ¿Acaso conspiras como en los tiempos de Arquelao?...

—¿Me dirás la verdad? Responde.

—Te la diré, pero habla.

—¿Es verdad que estás enamorado?...

Phineés rio estrepitosamente.

—Verdad es. ¡Mira a mi prometida!

Y señaló la estatua desnuda, de tamaño natural, que entre las manos ocultaba los pequeños senos de mármol.

—Se me ha dicho, pero me resisto a creerlo, que en Siloé te citas con la hija del Procurador. Tú, un Phabi, en coloquios con una viborezna... ¡Imposible!

—¿Qué de particular verías en ello? ¿No fue Ester la esposa de Asuerus, y no libertó a su pueblo?...

—Hablas como un sofista griego. Oyeme: o poco conozco el corazón de la mujer, o Marta, la hija de mi amigo David.

Quizás tengas razón, le interrumpió Phineés. Pero por hoy, dejemos en paz a las hijas de tus amigos. Sabes que el vino me ha ocasionado terrible dolor de cabeza?...

El rabí se dirigió hacia la puerta. Las colgaduras habían caído en pesados pliegues, y todavía en la distancia se oía la voz del viejo:

—Creced y multiplicaos... ¡Como las estrellas del cielo!...

Phineés, después de bruñirse las uñas y de peinar su barba ante el espejo de acero, ordenó preparar la litera. La tarde caía. Por sobre Jerusalén, las lejanas montañas de Judea se bañaban en tonos de ámbar, precursores del crepúsculo.